

Índice de contenido

50 miradas a la educación

Dedicatoria

Índice

Presentación. Razón de ser de este libro

Dedicatoria

1. Homero

2. Confucio

3. Sócrates

4. Platón

5. Aristóteles

6. Cicerón

7. Séneca

8. Plutarco

9. San Agustín

10. Ibn Tufail

11. Santo Tomás de Aquino

12. Ramón Llull

13. Pico della Mirandola

14. Erasmo de Róterdam

15. Maquiavelo

16. Luis Vives

17. San José de Calasanz

18. Rousseau

19. Diderot

20. Kant

21. Herder

22. Jovellanos

23. Pestalozzi

[24. Froebel](#)
[25. Marx y Engels](#)
[26. Tolstói](#)
[27. Giner de los Ríos](#)
[28. Concepción Arenal](#)
[29. Ramón y Cajal](#)
[30. Dewey](#)
[31. Manjón](#)
[32. Unamuno](#)
[33. Machado](#)
[34. María Montessori](#)
[35. Poveda](#)
[36. Emilia Pardo Bazán](#)
[37. Ortega y Gasset](#)
[38. Ferrière](#)
[39. Piaget](#)
[40. Freire](#)
[41. Neill](#)
[42. Illich](#)
[43. Sartre](#)
[44. Lobrot y Lapassade](#)
[45. Foucault](#)
[46. Declaración Universal de los Derechos Humanos](#)
[47. Unesco](#)
[48. OCDE](#)
[49. Stephen Downes](#)
[50. La Agenda 2030](#)
[Epílogo. Mi mirada personal](#)
[Bibliografía](#)
[Notas](#)

T EL CUARTO
DE LAS
MARAVILLAS

50 miradas a la educación

José Ángel López Herreras

T TURNER

Título:

50 miradas a la educación

© José Ángel López Herrerías, 2021

De esta edición:

© Turner Publicaciones SL,

2021 Diego de León, 30 28006 Madrid

www.turnerlibros.com

Primera edición: septiembre de 2021

Ilustración de cubierta:

Diseño TURNER

Retrato de Platón, 1864 © iStock

Retrato del filósofo Immanuel Kant, 1870 © iStock

Retrato de Santo Tomás de Aquino, *ca.* 1754 © Universal History Archive/Getty Images

Retrato de María Montessori, s. f. © Science History Images/Alamy

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

ISBN: 978-84-18428-78-4

E-ISBN: 978-84-18895-71-5

DL: M-20300-2021

Impreso en España

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones:

turner@turnerlibros.com

Erudición no enseña sensatez.

HERÁCLITO

*La semilla del continuo ennoblecimiento yace profunda e
indestructiblemente en todas las almas humanas.*

J. B. GEICH

Índice

Presentación. Razón de ser de este libro

1. Homero
2. Confucio
3. Sócrates
4. Platón
5. Aristóteles
6. Cicerón
7. Séneca
8. Plutarco
9. San Agustín
10. Ibn Tufail
11. Santo Tomás de Aquino
12. Ramón Llull
13. Pico della Mirandola
14. Erasmus de Róterdam
15. Maquiavelo
16. Luis Vives
17. San José de Calasanz
18. Rousseau
19. Diderot
20. Kant
21. Herder
22. Jovellanos
23. Pestalozzi
24. Froebel
25. Marx y Engels
26. Tolstói
27. Giner de los Ríos
28. Concepción Arenal
29. Ramón y Cajal
30. Dewey

31. [Manjón](#)
 32. [Unamuno](#)
 33. [Machado](#)
 34. [María Montessori](#)
 35. [Poveda](#)
 36. [Emilia Pardo Bazán](#)
 37. [Ortega y Gasset](#)
 38. [Ferrière](#)
 39. [Piaget](#)
 40. [Freire](#)
 41. [Neill](#)
 42. [Illich](#)
 43. [Sartre](#)
 44. [Lobrot y Lapassade](#)
 45. [Foucault](#)
 46. [Declaración Universal de los Derechos Humanos](#)
 47. [Unesco](#)
 48. [OCDE](#)
 49. [Stephen Downes](#)
 50. [La Agenda 2030](#)
- [Epílogo. Mi mirada personal](#)
- [Notas](#)

Presentación

Razón de ser de este libro

La capacidad de dar buenas y valiosas respuestas a los retos nuevos e intensos de nuestro presente. Esa es la necesidad que nos hace pensar sobre la educación. Siempre y ahora la reflexión y la acción educativas han despertado el interés de la sociedad, y la vocación de este libro es contribuir a ello.

La *educación* aquí no está usada en el sentido restringido, imperfecto, de solo sistema escolar. Educación es el *aire*, el *espíritu*, con el que una sociedad proyecta y planifica el horizonte de su realización humana, como individuo y como conjunto social. Y eso no se hace solo en la escuela. Eso se realimenta y construye en la familia, la escuela, los diferentes grupos sociales, los ámbitos y experiencias laborales, y la savia reflexiva, la cultura, que fluye compartida por el conjunto social.

La educación es una acción interpersonal. Su finalidad Kant la refleja en una frase de la *Antropología*: “El hecho de que el hombre pueda tener el Yo en su representación le eleva infinitamente por encima de todos los otros seres que viven en la tierra”.

Al *potenciar la razón* reconocemos que todos los seres humanos tenemos como carácter determinante y diferenciador el ser una *racionalidad apalabrada, logos*: el hombre es el único animal que tiene razón o palabra (*logos*), afirma Aristóteles en *La Política*.

Si se incrementa el conocimiento de uno mismo, llevando a efecto el sabio lema clásico “*gnosce te ipsum*”, ‘conócete a ti mismo’, se consigue alcanzar más libertad respecto de nuestras ataduras bioreactivas derivadas de la fuerza de lo instintivo. En la medida en que nos educamos, potenciamos la conciencia, nos esforzamos en conocer nuestra realización (realidad-zación) personal, los ideales, valores y actitudes. Hay dos pensadores que describen certeramente este aspecto. Luis Vives, en el siglo XVI dice: “Hay

que avivar la fuerza de la razón para que tenga algún poder sobre las fuerzas del alma”. Y Nietzsche, en el siglo XIX, no suena muy diferente: “La inteligencia es un instrumento al servicio de los instintos; siempre ha sido así; nunca ha sido libre”. En este sentido, educar es *liberar el espíritu*.

Por último, el sentido y enigma de la existencia humana es que tenemos la posibilidad, la libertad, de hacernos. Existimos retados para dar razón de nuestra realidad, que es nuestra ineludible realización personal. Para llevar a cabo esa experiencia es para lo que nos educamos. Considero que esto requiere generar el programa ético de la personal realización.

Estas experiencias las necesitamos todos los seres humanos por dos grandes razones. La primera es que, desde el punto de vista antropológico, la condición humana es abierta y liberada. Requerimos *realizarnos*, dar razón del horizonte y recorrido de nuestra existencia, que es personal e inalienable. Un humanista del siglo XVI, Pico della Mirandola, en el magnífico *Discurso sobre la dignidad humana* matiza con claridad esta diferencia antropológica:

Oh, Adán, no te he dado ni un lugar determinado, ni un aspecto propio, ni una prerrogativa peculiar con el fin de que poseas el lugar, el aspecto y la prerrogativa que conscientemente elijas y que de acuerdo con tu intención obtengas y conserves. La naturaleza definida de los otros seres está constreñida por las precisas leyes por mí prescritas. Tú, en cambio, no constreñido por estrechez alguna te la determinarás según el arbitrio a cuyo poder te he consignado. Te he puesto en el centro del mundo para que más cómodamente observes cuanto en él existe. No te he hecho ni celeste ni terreno, ni mortal ni inmortal, con el fin de que tú, como árbitro y soberano artífice de ti mismo, te informases y plasmases en la obra que prefirieses. Podrás degenerar en los seres inferiores que son las bestias, podrás regenerarte, según tu ánimo, en las realidades superiores que son divinas.

La otra gran razón es de tipo psicológico, social y cultural, es

decir “psico-socio-cultural”. Queremos atender y responder adecuadamente a las necesidades y las coyunturas de nuestro tiempo y retos contextuales. Durante nuestra existencia nos comprometemos con nuestra radical e insorteable presencia social.

Esta es la razón de ser de las inquietas y constantes apelaciones y demandas referidas a la educación por parte de todos. Empresarios, políticos, hombres, mujeres y ciudadanos. Por ello, conviene en estos tiempos leer, reflexionar y generar sobre qué y cómo se ha pensado y actuado respecto de la educación a lo largo de nuestra historia funcional y espiritual. Con alegría y buenas expectativas estamos muy exigidos de incrementar nuestro mundo de palabras, nuestra conciencia, de mensajes variados y relevantes respecto de qué y cómo llevar a cabo la realización de nuestro territorio personal, espiritual, ámbito de posibilidad de nuestro bienestar. De una buena convivencia, y de nuestra felicidad personal y comunitaria, en nuestro complejo mundo. Exigidos hoy, como siempre, y más que nunca, de aprender el papel *teatral* a representar entre todos para una verdadera, bella y buena convivencia.

Tengo que hacer referencia a un hecho comprometido y problemático: tener que seleccionar *miradas* para traerlas aquí, ante ti, amable lector. De nuevo es aplicable el dicho cotidiano: ni son todos los que están, ni están todos los que son. Y hay una ausencia que debo justificar. Son innumerables las mujeres que han contribuido al desarrollo de la educación, tanto formal como informal, a lo largo de la historia y, sin embargo, una vez más, su ausencia en la esfera pública y en el ámbito académico se manifiesta también en la publicación de textos. Aunque no puedo cambiar este hecho en el pasado, confío en que las ideas recogidas en esta antología inspiren otras nuevas desarrolladas por mujeres también.

Los textos están escogidos desde una toma de conciencia razonada y noble. He procurado evitar toda manía persecutoria y todo fanatismo emocional. Pero si están es porque en algún momento de mi vida personal y profesional me han sugerido, aportado, ayudado, a ver más y mejor el horizonte de la existencia

y la posibilidad aplicativa de alguna solución a los retos cotidianos de la convivencia económica, social y cultural.

Los griegos clásicos sí tenían un término preciso para referirse a esta realidad, que la educación no es solo lo escolar. La educación es un asunto de *paideia*, la cultura vivida por el conjunto social, aquello que es real y guía de los hechos y las proyecciones en los que una sociedad orienta y da sentido al reto ineludible de la existencia, y que compromete y da identidad a todos.

No más indicaciones. Solo queda empezar a leer y reflexionar. Disfrutar de las palabras y enseñanzas de los clásicos, antiguos y actuales aquí escogidos, que tan bella y profundamente nos sugieren cómo enfocar y responder a los muchos y variados retos de la existencia. Para qué y cómo educarnos. Gracias.

Sube a nacer conmigo, hermano.

PABLO NERUDA,
'POEMA XII', *ALTURAS DE MACCHU PICCHU*



1

Homero

s. VIII a. C.

Un esfuerzo de realización de las posibilidades humanas

Homero es una de las cumbres universales de la creación humana. Es uno de los focos originarios de la conciencia presente en el *mare nostrum*. Antes de entrar en la *paideia*, la cultura del *logos*, la visión racional de lo real, establecidos aún en el *mithos*, se nos muestran los profundos y complejos retos de la existencia.

La existencia es una experiencia problemática, luchadora, que requiere preparación para la aventura y la hazaña. El tremendo viaje de Ulises, la *Odisea*, y la epopeya dramática de la lucha por el honor herido y el desagravio, concretado en la presencia del *caballo*, *Ilíada*, son metáforas grandiosas, míticas, de la realización personal de cada uno a lo largo de la propia historia personal y comunitaria.

En los siglos VII a IV a. C., los humanos de los territorios del mundo reconocidos, el *mare nostrum* y la relación viajera y comercial con Oriente, generan una manifestación del espíritu cargada de elevación literaria, religiosa y metafísica, que manifiesta la expresión de una madurez e inquietud reflexivas, relacionadas con las incertidumbres e inquietudes colectivas del espíritu humano. Ejemplos de ello son las obras de Homero, Confucio, confucianismo, filósofos presocráticos, escritores trágicos... Esta es una de las ideas que sirven a Jaspers de ejemplo, entre otros, para desarrollar su teoría madurativa de la presencia del espíritu, que denomina *tiempo eje*: aquellos tiempos en los que coincide una potente manifestación reflexiva y creativa.

Homero, síntesis magnífica de la tradición histórica de un pueblo, que expresa formas de narrar y transmitir las grandes cuestiones e inquietudes del espíritu humano, es personaje del que se mantiene permanentemente el debate sobre la autenticidad, más o menos novelada, de la presencia histórica del mismo. Sea como fuere, lo que hay que admirar y aprender de las dos grandes epopeyas de la tradición helénica, la *Iliada* y la *Odisea*, es que manifiestan de manera creativa y clásicamente permanente los retos, las guerras, los conflictos, las traiciones y las alternativas, acciones heroicas, afanes de justicia, apelaciones a lo elevado y noble del espíritu. Están cargadas de ejemplos que muestran el camino a seguir, la proyección educativa, para la superación y resolución del conjunto social.

“No hay mayor fama para un hombre que la que él gana con la destreza de sus pies y la fuerza de sus manos”

Los héroes griegos

“En tales términos hablaban. Príamo llamó a Helena y le dijo: ‘Ven acá, hija querida; siéntate a mi lado para que veas a tu anterior marido y a sus parientes y amigos –pues a ti no te considero culpable, sino a los dioses que promovieron contra nosotros la luctuosa guerra de los aqueos– y me digas cómo se llama ese ingente varón, quién es ese aqueo gallardo y alto de cuerpo. Otros hay de mayor estatura, pero jamás vieron mis ojos un hombre tan hermoso y venerable. Parece un rey’. Contestó Helena, divina entre las mujeres: ‘Me inspiras, suegro amado, respeto y temor. ¡Ojalá la muerte me hubiese sido grata cuando vine con tu hijo, dejando a la vez que el tálamo, a mis hermanos, mi hija querida, mis amables compañeras! Pero no sucedió así, y ahora me consumo llorando. Voy a responder a tu pregunta: ese es el poderosísimo Agamenón Atrida, buen rey y esforzado combatiente, que fue cuñado de esta desvergonzada, si todo no ha sido un sueño’. [...] Fijando la vista en Ulises, el anciano volvió a preguntar: ‘Ea, dime también, hija querida, quién es aquel, menor en estatura que Agamenón Atrida, pero más espacioso de espaldas y de pecho. Ha dejado en el fértil suelo las armas y recorre las filas como un carnero. Parece un veloso carnero que atraviesa un gran rebaño de candidas ovejas’. Respondióle Helena, hija de Zeus: ‘Aquel es el hijo de Laertes, el ingenioso Ulises, que se crio en la áspera Ítaca; tan hábil en urdir engaños de toda especie, como en dar sabios consejos’. [...] Respondió Helena, la de largo peplo, divina entre las mujeres: ‘Ese es el ingente Ajax, antemural de los

aqueos. Al otro lado está Idomeneo, como un dios, entre los cretenses; rodéanle los capitanes de sus tropas. Muchas veces Menelao, caro a Ares, le hospedó en nuestro palacio cuando venía de Creta. Distingo a los demás aqueos de ojos vivos, y me sería fácil reconocerlos y nombrarlos; mas no veo a dos caudillos de hombres, Cástor, domador de caballos, y Pólux, excelente púgil, hermanos carnales que me dio mi madre. ¿Acaso no han venido de la amena Lacedemonia? ¿O llegaron en las naves que atraviesan el Ponto, y no quieren entrar en combate para no hacerse partícipes de mi deshonra y múltiples oprobios?’. De este modo habló. A ellos la fértil tierra los tenía ya en su seno, en Lacedemonia, en su misma patria”.¹

La conciencia del honor

“Canta, oh diosa, la cólera del Pelida Aquiles; cólera funesta que causó infinitos males a los aqueos y precipitó al Hades muchas almas valerosas de héroes, a quienes hizo presa de perros y pasto de aves –cumplíase la voluntad de Zeus– desde que se separaron disputando el Atrida, rey de hombres, y el divino Aquiles. ¿Cuál de los dioses promovió entre ellos la contienda para que pelearan? El hijo de Zeus y de Leto. Airado con el rey, suscitó en el ejército maligna peste y los hombres perecían por el ultraje que el Atrida infiriera al sacerdote Crises. Este, deseando redimir a su hija, habíase presentado en las veleras naves aqueas con un inmenso rescate y las ínfulas del flechador Apolo, que pendían de áureo cetro, en la mano; y a todos los aqueos, y particularmente a los dos Atridas, caudillos de pueblos, así les suplicaba: ‘¡Atridas y demás aqueos de hermosas grebas! Los dioses, que poseen olímpicos palacios, os permitan destruir la ciudad de Príamo y regresar felizmente a la patria. Poned en libertad a mi hija y recibid el rescate, venerando al hijo de Zeus, al flechador Apolo’”.²

“Más quisiera ser un labrador en
la tierra de otro, de quien bienes

no tiene y apenas procura a su vida, que ser rey y mandar sobre todos los que fenecieron”

La grandeza de espíritu

“¡Adivino de males! Jamás me has anunciado nada grato. Siempre te complaces en profetizar desgracias y nunca dijiste ni ejecutaste cosa buena. Y ahora, vaticinando ante los dánaos, afirmas que el Flechador les envía calamidades, porque no quise admitir el espléndido rescate de la joven Criseida a quien deseaba tener en mi casa. La prefiero, ciertamente, a Clitemnestra, mi legítima esposa, porque no le es inferior ni en el talle, ni en el natural, ni en inteligencia, ni en destreza. Pero, aun así y todo, consiento en devolverla, si esto es lo mejor; quiero que el pueblo se salve, no que perezca. Pero preparadme pronto otra recompensa, para que no sea yo el único argivo que se quede sin tenerla; lo cual no parecería decoroso. Ved todos que se me va de las manos la que me había correspondido’. Replicóle el divino Aquiles, el de los pies ligeros: ‘¡Atrida gloriosísimo, el más codicioso de todos! ¿Cómo pueden darte otra recompensa los magnánimos aqueos? No sé que existan en parte algunas cosas de la comunidad, pues las del saqueo de las ciudades están repartidas, y no es conveniente obligar a los hombres a que nuevamente las junten. Entrega ahora esa joven al dios, y los aqueos te pagaremos el triple o el cuádruple, si Zeus nos permite tomar la bien murada ciudad de Troya’. [...] Contestó el rey de hombres Agamenón: ‘Huye, pues, si tu ánimo a ello te incita: no te ruego que por mí te quedes; otros hay a mi lado que me honrarán, y especialmente el pródigo Zeus. Me eres más odioso que ningún otro de los reyes, alumnos de Zeus, porque siempre te han gustado las riñas, luchas y peleas. Si es grande tu fuerza, un dios te la dio. Vete a la patria, llevándote las naves y los

compañeros, y reina sobre los mirmidones: no me cuido de que estés irritado, ni por ello me preocupo, pero te haré una amenaza: Puesto que Febo Apolo me quita a Criseida, la mandaré en mi nave con mis amigos; y encaminándome yo mismo a tu tienda, me llevaré a Briseida, la de hermosas mejillas, tu recompensa, para que sepas cuánto más poderoso soy y otro tema decir que es mi igual y compararse conmigo’”.³

El peligro de las sirenas

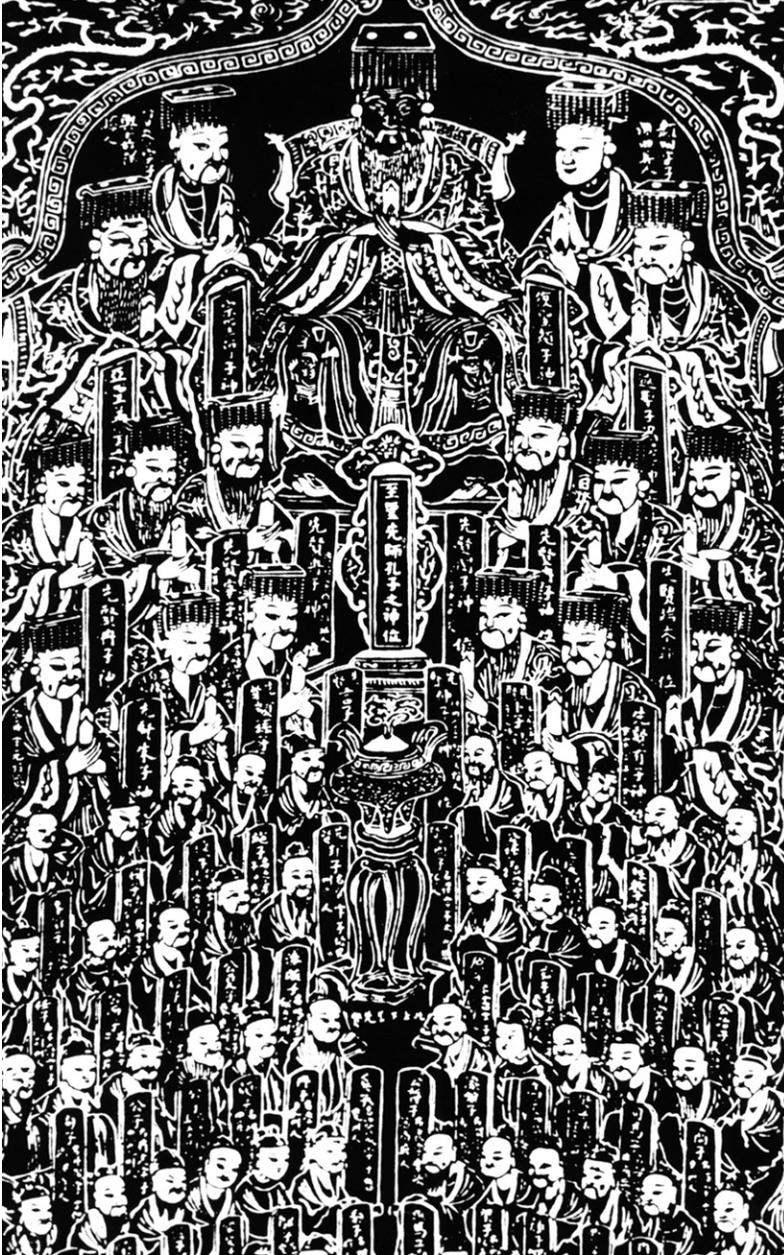
“Me dijo Circe, la augusta: ‘tú escucha lo que te voy a decir... Lo primero que encuentres en ruta será a las Sirenas, que a los hombres hechizan. Quien incauto se les llega y escucha su voz, nunca más verá a sus padres, ni a su esposa querida ni a sus tiernos hijos... Con su aguda canción las Sirenas lo atraen y le dejan para siempre en sus prados; la playa está llena de huesos y de cuerpos marchitos con piel agostada...’. Entretanto la sólida nave en su curso ligero se enfrentó a las Sirenas: un soplo feliz la impelía, mas de pronto cesó aquella brisa, una clama profunda se sintió alrededor: algún dios alisaba las olas. Se levantaron entonces mis hombres, plegaron la vela, la dejaron caer en el fondo del barco y, sentándose al remo, blanqueaban de espumas el mar con las palas pulidas. Yo entretanto cogí el bronce agudo, corté un pan de cera y, partiéndolo en trozos pequeños, los fui pellizcando con mi mano robusta: se ablandaron pronto, que eran poderosos mis dedos y el fuego del sol de lo alto. Uno a uno a mis hombres con ellos tapé los oídos y, a su vez, me ataron a la nave de piernas y manos en el mástil, derecho, con fuertes maromas y, luego, volvieron a azotar con los remos el mar espumante. Ya distaba la costa no más que el alcance de un grito y la nave crucera volaba, mas bien percibieron las Sirenas su paso y alzaron su canto sonoro: ‘Llega acá, gloriosísimo Ulises, el mejor de los dánaos, refrena el ardor de tu marcha para oír nuestro canto, porque nadie pasa aquí en su negra nave sin que atiende a esta voz que en dulzores de miel nos fluye de los labios. Quien la escucha se va contento conociendo mil cosas...’. Tal decían

exhalando dulcísima voz y en mi pecho yo anhelaba escucharlas.
Frunciendo mis cejas mandaba a mis hombres soltar mi atadura”.⁴

Bibliografía

Homero (2019): *Iliada*, Madrid, Austral.

— (2015): *Odisea*, Madrid, Penguin Clásicos.



2

Confucio

551- 479 a. C.

La potenciación y elevación de la conciencia

Confucio es un referente cultural y educativo. En sus meditados y reconocidos consejos de ideales, de valores y de actitudes queda recogida la tradición vivida y reposada del pueblo y de sus "sabios".

Su visión de la realidad se vuelca a la historia ética, moral, de los individuos y de la comunidad. Potencia y nos recuerda que la incierta existencia personal ha de atender a los aspectos valiosos y prácticos de la convivencia. Menos economía, como variable independiente, y más convivencia social y económica, como variable dependiente de la ética.

Propone como método educativo la reflexión. Es el medio adecuado para conseguir el fin educativo: potenciar la conciencia.

En la China de Confucio la economía se basaba en el sector primario. Los impuestos dependían de la tierra y se podían pagar con cáñamo y seda, para la industria textil, con arroz o con “la prestación de trabajos personales”, que podían ser para la agricultura, la limpieza o los servicios en palacio, entre otros”.

La sociedad china estaba formada por una estructura jerárquica bastante similar a la de otras sociedades de la época. A la cabeza estaban el emperador, el príncipe y demás funcionarios gubernamentales. Se les exige honradez, inteligencia y que no abusen de su poder. El resto de la sociedad se reconocía como súbdito del reino, siervos o subordinados. La sumisión no era algo negativo, sino normal.

Tras el emperador y los funcionarios estaba la nobleza territorial. Los comerciantes tenían también cierta reputación, aunque dependía del valor de sus riquezas. Los artesanos, no muy numerosos, tenían cierto ascendiente, ya que aportaban productos a las clases dirigentes. Los campesinos eran la clase más numerosa. Y, por último, se encontraban los esclavos.

La armonía del hombre con la sociedad es el pilar del confucianismo. Puede considerarse opuesto al taoísmo, que se centra en hallar la armonía del hombre con el universo.

“Por tres métodos podemos adquirir la sabiduría: primero por la reflexión, la más noble; segundo, por la imaginación, la más sencilla; y tercero por la experiencia, la más amarga”

“Es preciso conocer el fin hacia el que debemos dirigir nuestras acciones.

En cuanto conozcamos la esencia de todas las cosas, habremos alcanzado el estado de perfección que nos habíamos propuesto.

Desde el hombre más noble al más humilde, todos tienen el deber de mejorar y corregir su propio ser.

¿No sería más eficaz lograr que fueran innecesarios los juicios?, ¿no resultaría más provechoso dirigir nuestros esfuerzos a la eliminación de las inclinaciones perversas de los hombres?

Para conseguir que nuestras intenciones sean rectas y sinceras debemos actuar de acuerdo con nuestras inclinaciones naturales.

Cuando el alma se halla agitada por la cólera, carece de esta fortaleza; cuando el alma se halla cohibida por el temor, carece de esta fortaleza; cuando el alma se halla embriagada por el placer, no puede mantenerse fuerte; cuando el alma se halla abrumada por el dolor, tampoco puede alcanzar esta fortaleza. Cuando nuestro espíritu se haya turbado por cualquier motivo, miramos y no vemos, escuchamos y no oímos, comemos y no saboreamos.

Raras veces los hombres reconocen los defectos de aquellos a quienes aman, y no acostumbran tampoco a valorar las virtudes de aquellos a quienes odian.

Lo que desapruebas de tus superiores, no lo practiques con tus subordinados, ni lo que desapruebas de tus subordinados debes practicarlo con tus superiores. Lo que desapruebas de quienes te han precedido no lo practiques con los que te siguen, y lo que desapruebas de quienes te siguen no lo hagas a los que están

delante de ti.

No dar importancia a lo principal, es decir, al cultivo de la inteligencia y del carácter, y buscar solo lo accesorio, es decir, las riquezas, solo puede dar lugar a la perversión de los sentimientos del pueblo, el cual también valorará únicamente las riquezas y se entregará sin freno al robo y al saqueo.

Si el príncipe utiliza las rentas públicas para aumentar su riqueza personal, el pueblo imitará este ejemplo y dará rienda suelta a sus más perversas inclinaciones; si, por el contrario, el príncipe utiliza las rentas públicas para el bien del pueblo, este se le mostrará sumiso y se mantendrá en orden.

Si el príncipe o los magistrados promulgan leyes o decretos injustos, el pueblo no los cumplirá y se opondrá a su ejecución por medios violentos y también injustos. Quienes adquieran riquezas por medios violentos e injustos del mismo modo las perderán por medios violentos e injustos.

Solo hay un medio de acrecentar las rentas públicas de un reino: que sean muchos los que produzcan y pocos los que disipen, que se trabaje mucho y que se gaste con moderación. Si todo el pueblo obra así, las ganancias serán siempre suficientes”.¹

“Cuando estamos frente a personas dignas, debemos intentar imitarlas. Cuando estamos frente a personas indignas, debemos mirarnos a nosotros mismos y corregir nuestros errores”

“La situación en que nos hallamos cuando todavía no se han desarrollado en nuestro ánimo la alegría, el placer, la cólera o la tristeza, se denomina ‘centro’. En cuanto empiezan a desarrollarse tales pasiones sin sobrepasar cierto límite, nos hallamos en un estado denominado ‘armónico’ o ‘equilibrado’. El camino recto del universo es el centro, la armonía es su ley universal y

constante.

Cuando el centro y la armonía han alcanzado su máximo grado de perfección, la paz y el orden reinan en el cielo y en la tierra, y todos los seres alcanzan su total desarrollo.

El hombre noble, cualesquiera que sean las circunstancias en que se encuentre se adapta a ellas con tal de mantenerse siempre en el centro. En cuanto conseguía una nueva virtud, se apegaba a ella, la perfeccionaba en su interior y ya no la abandonaba en toda la vida.

Mucho más excelente es la virtud del que permanece fiel a la práctica del bien, aunque el país se halle carente de leyes y sufra una deficiente administración.

El camino recto o norma de conducta moral debemos buscarla en nuestro interior. No es verdadera norma de conducta la que se descubre fuera del hombre, es decir, la que no deriva directamente de la propia naturaleza humana.

Quien desea para los demás lo mismo que desearía para sí, y no hace a sus semejantes lo que no quisiera que le hicieran a él, este posee la rectitud de corazón y cumple la norma de conducta moral que la propia naturaleza racional impone al hombre.

La perseverancia en el camino recto y la práctica constante de las buenas obras, cuando han alcanzado su prado máximo de perfección, producen óptimos resultados; del mismo modo, el fiel cumplimiento del deber dará lugar a beneficios sin límite, siendo su causa unas fuerzas de naturaleza sutil e imperceptible.

Existen cinco deberes fundamentales, comunes y tres facultades para practicarlos. Estos deberes se refieren a las cinco relaciones siguientes: las relaciones que deben existir entre el príncipe y los súbditos, entre el padre y sus hijos, entre el marido y la esposa, entre los hermanos mayores y los menores, y entre los amigos.

El recto comportamiento en estas cinco relaciones constituye el principal deber común a todos los hombres.

Para el buen gobierno de los reinos es necesaria la observancia de nueve reglas universales: el dominio y perfeccionamiento de uno mismo, el respeto a los sabios, el amor a los familiares, la consideración hacia los ministros por ser los principales

funcionarios del reino, la perfecta armonía con todos los funcionarios subalternos y con los magistrados, unas cordiales relaciones con todos los súbditos, la aceptación de los consejos y orientaciones de sabios y artistas de los que siempre debe rodearse el gobernante, la cortesía con los transeúntes y extranjeros, y el trato honroso y benigno para con los vasallos.

Si antes de ponernos a hablar determinamos y escogemos previamente las palabras, nuestra conversación no será vacilante ni ambigua. Si en todos nuestros negocios y empresas determinamos y planeamos previamente las etapas de puesta actuación, conseguiremos con facilidad el éxito. Si determinamos con la suficiente antelación nuestra norma de conducta en esta vida, en ningún momento se verá nuestro espíritu asaltado por la inquietud. Si conocemos previamente nuestros deberes, nos resultará fácil su cumplimiento.

El que no es fiel y sincero con sus amigos, jamás gozará de la confianza de sus superiores.

Cuando el hombre prudente es elevado a la dignidad soberana, no se enorgullece ni envanece por ello; si su posición es humilde, no se rebela contra los ricos y poderosos. Cuando el reino es administrado con justicia y equidad, bastará su palabra para que le sea conferida la dignidad que merece; cuando el Reino sea mal gobernado, y se produzca disturbios y sediciones, bastará su silencio para salvar su persona.

Todos los seres participan en la vida universal, y no se perjudican unos a otros. Todas las leyes de los cuerpos celestes y las que regulan las estaciones se cumplen simultáneamente sin interferirse entre sí. Las fuerzas de la naturaleza se manifiestan tanto haciendo deslizar un débil arroyo como desplegando descomunales energías capaces de transformar a todos los seres, y en esto consiste precisamente la grandeza del cielo y de la tierra.

El sabio pretende que sus acciones virtuosas pasen desapercibidas a los hombres, pero día por día se revelan con mayor resplandor; contrariamente, el hombre inferior realiza con ostentación las acciones virtuosas, pero se desvanecen rápidamente. La conducta del sabio es como el agua: carece de